

Jardín de Infantes Nº 909 “Juana Manso”.

Autora: Analía Izquierdo

En búsqueda de aprendizajes significativos en la construcción y recuperación del sentido de las efemérides. “Cuando los cambios son necesarios... ¿Cambiar o continuar con los rituales?”.

A tres semanas antes del 25 de mayo, acá estoy yo, Analía; docente de un Jardín de Infantes Urbano de la Ciudad de Brandsen. En este momento cubriendo una suplencia con continuidad en la segunda sección del turno mañana, con 30 niños a mi cargo. Conocedora de la comunidad, ya que la mayor cantidad de mis años de trabajo lo he transitado aquí. Cercana la fecha de la primera efeméride del año, tenía en claro qué son las efemérides, sabía casi de memoria lo que significan y así lo repetía: “Las efemérides son fechas que se destacan en el calendario que se conmemoran y/o festejan porque remiten a acontecimientos históricos que dan cuenta de nuestros orígenes y de la continuidad con el pasado común...”.

¿Y por qué lo repetía? Porque se había constituido en algo pendiente a mejorar y porque para mejorar, cambiar, enriquecer es necesario actualizarse. También es cierto que sabía cuáles son los cambios que se propone desde el Diseño. Tenía en claro que “TODO,” los niños no pueden aprender, que iba hacer necesario realizar un recorte y tomar diferentes aspectos. Sin embargo había algo que no me llegaba a convencer, o tal vez que se desdecía entre lo que proponía la teoría y lo que llevaba a la práctica en el Jardín; no podía identificar qué era, pero allí estaba!!! A esto se le sumaba el pensar y el sentir de las familias, porque así lo manifestaban, sin decirlo con estas palabras: ¡Querían el SHOW! O sea que los niños puedan lucir, como si fuera un espectáculo en el que se exhiben, disfraces, trajes o maquillajes, los llamados “numeritos” todo como se hacía años atrás.

Y ahí estaba cuando se acercaba la primera efemérides del año: 25 de mayo!!! Con algo de preocupación, algo de dudas, pero decidida. Una serie de preguntas comenzaron a merodear, la primera de ellas: ¿Qué hago? ¿Qué recorte realizo? ¿Cómo hago para que lo trabajado en la sala se vea en el acto y además guste a las familias?

Y un nuevo dilema aparecía. Hacer lo mismo que hasta ahora, es decir actos donde los niños contaban lo que habían hecho en la sala y las familias escuchaban esperando algo más... Y en donde muchas veces los niños se dispersaban o simplemente perdían el interés; o apostar al cambio, sí, un trabajo serio, donde lo realizado en la sala se pueda ver reflejado el día de acto y que el mismo acto se convierta en una genuina situación de

aprendizaje y que como si no fuera poco, también que convoque a las familias. La idea era que los niños aprendan, jueguen y ese mismo juego que realizaron en la sala lo puedan llevar a cabo en el acto. En el SUM. Con la familias como espectadores. ¿Iba a ocurrir todo ello? ¿Se manejarían los niños con espontaneidad? Como se darán cuenta, hacia allá fui y hacia allí también fueron mis compañeras, con algunas dudas e inquietudes, pero la decisión fue el cambio. El primer planteo fue el recorte que iba a realizar “La Recreación en la época colonial” y relacionarlo con las clases sociales, y pareció conveniente de acuerdo a lo trabajado el año anterior, en donde se tomó alimentación, vestimenta y como si fuera poco también recreación, resultando muy amplio para los niños y donde no se privilegio el tratamiento con mayor detenimiento. Cada sección tomaría un aspecto: la primera, el candombe de los esclavos; la segunda sección, la pulpería como lugar de encuentro de la clase media-baja; y la tercera sección, las tertulias de la clase alta. Y ahí estaba yo, docente de segunda sección, llevando adelante la indagación con mis niños, “La Pulpería”. Me proponía trabajar una secuencia para que a través de una serie articulada de actividades los niños pudieran apropiarse progresivamente de las cuestiones que sucedieron hace tiempo, como por ejemplo: Conversar cómo y en dónde se vendían las mercaderías necesarias para las personas de la época. (En el campo las pulperías). Buscar y traer información sobre las pulperías de la época colonial, armar la pulpería y jugar, entre otras actividades. Sabiendo las dificultades que implica para los niños esta construcción: el trabajo con la historia y la noción de tiempo. Con todo ello, formulaba los objetivos: Que los niños logren identificar la pulpería como lugar de recreación de la clase media-baja en la época colonial. Que puedan acercarse a un espacio social desconocido por ellos y logren jugar a la pulpería. Luego seleccionaba los contenidos, donde uno de ellos fue: La aproximación a los cambios y las permanencias a través del tiempo en las instituciones, los espacios sociales y los trabajos en relación con el modo de organizar las tareas, los espacios, los tiempos, las normas, las herramientas y las maquinarias que utilizan, etc. Pretendía que los niños aprendieran que hay lugares que si bien con el transcurso del tiempo se han ido modificando, hoy existen y funcionan como negocios de ramos generales, como resabio de aquellas pulperías. Seguidamente desarrollaba así las actividades, incluía los recursos y plasmaba las intervenciones, y sin faltar a la verdad y dando muestra que toda planificación debe ser flexible. Así lo tuvo que ser cuando un grupo de niños se acercaban y me preguntaban: ¿Qué son esas fotos? Haciendo referencia al material informativo sobre la pulpería que una mamá nos había acercado y que yo tenía planificado (y pensado) trabajar al día siguiente. Fue entonces que los reuní en círculo y conversamos sobre lo que observaban en las imágenes, en las cuales había pulperías, personajes y objetos típicos de ese lugar y de aquella época. Donde se podía escuchar a los niños a medida que transcurría la observación, comentarios como:

-Parece un galpón, no, son casas viejas, no porque no tienen cocina, esos parecen paisanos, etc.

Hasta aquí los niños habían trabajado como lo habían hecho en otras oportunidades, el desafío comenzaba a partir de ahora, en donde los niños iban a tener que asumir los roles, involucrarse y yo ayudar a que ello suceda, cambiando mi forma de trabajo, abandonando el trabajo estructurado y dando paso a la flexibilidad de la propuesta. Nuevamente aparecía la incertidumbre por saber si ello iba a ser posible. Ahora sí, llegaba el momento del juego dramático. Algunos hicieron de pulperos, otros decidieron jugar a las cartas, otros a los dados; las niñas tomaban mate y se peinaban. El resto de los días se redistribuían los roles de acuerdo a los intereses de los niños, para que todos pudieran jugar desde el rol que querían. En los juegos se podía escuchar y observar: -A mi me toca ser pulpero, yo quiero limpiar. Y ser ellos mismos los que decidían cuando se abría o cerraba el lugar, o donde se estaba zapateando y escuchando guitarras, etc. Todo fue registrado fotográficamente. Mientras mis niños jugaban en la sala a la Pulpería, paseaban por el pasillo las damas y los caballeros que iban a la tertulia, y los negros esclavos que en otro sector del jardín movían su cuerpo al ritmo del candombe. El juego continuó dos días más, primero en la sala y el último día en el Sum. El jardín se veía diferente, los niños lograron recrear un momento histórico, la incertidumbre dio paso a la satisfacción, pudieron aprender jugando. Llegaba entonces la etapa final de este proceso que se inició en la sala: el acto. Según lo acordado, cada sala mostraba a través de la expresión corporal y el juego dramático, lo que habían aprendido y habían indagado. Y una vez más los interrogantes y expectativas afloraron: ¿Iban a lograr los niños jugar como lo habían hecho en la sala? ¿Los iba a inhibir la presencia de las familias? ¿Qué roles iban a asumir? ¿Cómo iban a resolver las situaciones que surgieran? ¿Se iba a desarrollar un juego espontáneo? ¿Me permitirían realizar intervenciones? ¿Iba a poder verse lo aprendido a través del juego mismo? Y las voces de las familias preguntando qué necesitaban para el acto, yo diciendo nada ya estaba todo pedido, pero no entendían que lo que íbamos a hacer era, el juego, lo espontáneo. Ya estábamos ahí. Lo iba a ver con mis propios ojos. No era una experiencia leída en un documento, era la puesta en práctica de la teoría, donde mis alumnos eran los protagonistas, no me lo contaban ni lo leía, simplemente lo vivía. Y así fue, los niños se expresaron y jugaron con total naturalidad, como cuando lo hicieron en la sala. Una vez ambientado el lugar, cada uno de los niños ocupó su sitio, no el acordado, sino el que deseaban, dando muestra de la flexibilidad de la propuesta y diferenciándola de la dramatización donde cada uno cumple un rol predeterminado; un grupo de niños que jugaban a las cartas cuando estaban en la sala, jugaron con los dados, el otro grupo por lo tanto tuvo que jugar con las cartas, las niñas tomaban mates y convidaban a los paisanos, el pulpero preparaba la bebida y dos de los

niños decididos tocaban la guitarra y zapateaban. Fue entonces cuando por medio de una de mis intervenciones, invitaba al resto de los niños que así lo quisiera a zapatear, y para sorpresa de algunos y satisfacción de otros y mía, uno de los niños de la primera sección que estaba sentado como espectador, dijo: -yo quiero. Y él se paró. Ante la situación, verlo tan integrado al juego de los otros, mi respuesta inmediata fue hacerlo partícipe, donde uno de mis alumnos al sentirse “baquiano”, y con la simplicidad que tiene los niños le dijo: si, si vení, yo te enseño, fue una sensación especial que si bien se vive en las salas, pero sí es muy raro pensarlo en un acto escolar. Antes de culminar el acto la Asesora del nivel que nos acompañaba manifestaba que había podido ver y participar, especialmente en esta situación, de un hecho de aprendizaje, donde la intervención docente lo había favorecido. Culminado el acto, y mirando hacia atrás, me di y nos dimos cuenta que el cambio había sido oportuno, la revisión, reflexión y la relación con la tarea áulica y con el proyecto institucional de efemérides había permitido aprendizajes realmente significativos. La efemérides del 25 de Mayo tenía un nuevo significado, se había “llenado” de sentido, porque se generó una experiencia alejada de estereotipos que contribuyó a afianzar esos vínculos que los ligan a una patria; se encontró, propuso y se construyó una nueva evocación que permitió ligar esta fecha al presente. Mi satisfacción se entremezclaba con alegría al saber que los objetivos se habían logrado, que todo cambio es posible, pero sin embargo y sin dejar atrás estos sentimientos, este cambio me proponía y nos proponía institucionalmente de ahora en mas, dejar definitivamente atrás los rituales y continuar buscando aprendizajes significativos en la construcción y recuperación del sentido de las efemérides.